

EL INICIO

2º, 3º

En tiempos antiguos no existía la tierra, ni las nubes, ni las estrellas, ni siquiera el sol. Todo estaba rodeado de oscuridad. Ningún animalito saltaba, ningún pájaro volaba.

¿Cómo iban a volar si no había mundo por ninguna parte?

¿Qué había entonces?

Existía un cielo, sí, un mundo superior, alto y vasto, más allá de nuestras estrellas. Y el ojo de Dios brillaba en el cielo como un sol.

Los pequeños ángeles no podían mirar directamente al ojo de Dios; les resultaba demasiado brillante. Lucía más que nuestro sol y los habría cegado. Pero los grandes ángeles podían mirar un poco en el ojo de Dios y acercarse a su trono cuando querían decir algo a Dios Padre.

En todo el cielo había una hermosa música: sonaban violines, flautas y arpas, y los ángeles cantaban largas canciones. Cuando terminaba un concierto, comenzaba otro de inmediato. Había ángeles que bordaban estrellas de oro en el manto azul de Dios Padre. Otros atrapaban rayos de luz y los amasaban hasta convertirlos en piedras preciosas... y todo era esplendor y una gran maravilla.

Una vez, dos grandes ángeles estaban orando ante el trono de Dios. Cuando se levantaron, descendieron juntos por el cielo, pues el trono de Dios estaba en la cima, como la cima de una montaña. De repente, uno de los ángeles, llamado Lucifer, se detuvo. Contempló todo el esplendor del cielo y miró su brillante vestidura celestial, y pensó:

"¡Qué hermoso es ser un dios! Mi vestidura es casi tan brillante como la de Dios. Con mi vestido de luz también podría sentarme en un trono".

Mientras Lucifer pensaba así, una pequeña nube oscura apareció ante su frente como una telaraña. Esa nube se dirigió hacia su corazón y dejó una mancha en su vestidura. Lucifer se asustó al verla, pero rápidamente cubrió la mancha con un ala. Mientras volaba de nuevo por el cielo, se encontró con Micael, quien le preguntó:

"Lucifer, ¿qué te pasa? ¿Estás enfermo? Tienes una mancha oscura en tu vestidura". Lucifer respondió: "Siento un leve peso en el corazón; no es nada más".

Y entonces Lucifer se alejó rápidamente hacia los ángeles más pequeños y les dijo:

"Hacedme un pequeño manto rojo fuego, necesito cubrir algo". Recibió el manto y con él cubrió la mancha del corazón. Ya no se veía nada.

Lucifer se quedó con los pequeños ángeles y les preguntó:

"¿Queréis ayudarme a construir un trono? Me sentaré en él y seré vuestro dios. Al trono más alto no podéis ascender, pero a mi trono siempre podréis venir".

Muchos ángeles se asustaron al oír estas palabras, pero a otros les gustó tanto Lucifer que estuvieron de acuerdo con él. Estos dejaron de cantar, dejaron de hacer música y ya no trabajaron más en el manto celestial de Dios.

Entonces Micael fue a ver qué ocurría con Lucifer y, lleno de espanto, llevó la noticia ante el trono de Dios: que Lucifer estaba construyendo un trono para sí mismo. Dios Padre dijo:

"Ve y dile a Lucifer que rompa su corazón, y yo le daré un corazón nuevo y brillante. Si quiere hacerlo, tráelo ante mí. Si no quiere, que tenga su trono, pero no en el cielo. Toma la espada y lucha para expulsarlo del cielo". Así habló Dios Padre.

Todo esto se lo dijo Micael a Lucifer, pero este ya había incitado a muchos ángeles y no quería un corazón nuevo. Entonces los ángeles dejaron de cantar. Se oían voces fuertes y confusas. Sopló un viento de fuego y tronó por los cielos. Micael empuñó su espada celestial. De ella brotaban relámpagos. Con voz poderosa gritó:

"¡Quien quiera ser fiel a Dios Padre, que se ponga de mi lado!". Pero Lucifer gritó:

"¡Quien quiera venir conmigo al nuevo cielo, que venga a mí!".

Entonces los espíritus se dividieron en dos grupos: el de Micael era el de arriba, el de Lucifer el de abajo. Entonces Micael golpeó con la espada de relámpagos la muralla celestial. Crujió y crujió, ¡y se abrió una profunda grieta! Lucifer y sus ángeles lucharon y se defendieron; no querían salir a la oscuridad. Pero Dios Padre ya no dejó brillar su luz celestial sobre ellos. Entonces los hermosos colores de sus vestiduras y alas palidecieron. Sus rostros se volvieron oscuros y feos. De sus dedos crecieron garras. Aullaron fuerte y cayeron ante la espada de Micael hacia la profundidad, fuera del cielo, y Lucifer con ellos.

Desde entonces existe un mundo inferior y oscuro. Los espíritus malignos hicieron allí una pequeña hoguera con su propia luz, porque sus patas se helaban. Bailaron alrededor del fuego, y este creció hasta convertirse en un gran incendio. El trono que forjaron para Lucifer lo colocaron sobre el fuego para que siempre tuviera calor. Arriba, Micael volvió a cerrar la grieta del cielo. Donde había estado, quedó desde entonces una cicatriz.